

NARRATIVAS GALLO NERO

111

Autorretrato

MAY SARTON

EDICIÓN DE
MARITA SIMPSON Y MARTHA WHEELOCK

TRADUCCIÓN DE
BLANCA GAGO



Título original:

May Sarton

A Self-Portrait

Primera edición: septiembre 2026

©May Sarton 1982

© 1982 Marita Simpson, Martha Wheelock e Ishtar Enterprises

© 2026 de la presente edición: Gallo Nero Ediciones, S. L.

© 2026 de la traducción: Blanca Gago

Diseño de cubierta: Gabriel Regueiro

Corrección: Ana Molina Hita

Maquetación: David Anglès

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por Ace Traductores



ISBN: 978-84-19168-99-3

Impreso en España

Depósito legal: M-22853-2026

Autorretrato

*Publicado en honor a May Sarton
con motivo de su setenta cumpleaños.*

PREFACIO

El material para este libro proviene del rodaje del documental *World of Light: A Portrait of May Sarton* ['Un mundo de luz: retrato de May Sarton']. En junio de 1979, durante unas sesiones que se prolongaron durante cuatro días, May Sarton respondió, franca y espontánea, a nuestras preguntas sobre su vida y su obra, además de leer varios poemas a cámara. Montamos la película a partir de esas respuestas, cuya transcripción ofrecemos en estas páginas. Además, hemos incluido varios poemas y comentarios que, al final, descartamos para la película, concebida como un testimonio del talento de Sarton como poeta y como lectora dramática.

Con la publicación de este libro celebramos el setenta cumpleaños de la autora, el 3 de mayo de 1982. Queremos agradecerle lo mucho que nos inspiró en torno a la visión, la dedicación y el duro trabajo que exige realizar un documental independiente; le agradecemos, asimismo, la experiencia de trabajar con ella y, sobre todo, su generosidad y disposición de entrega. En su diario *Recovering: A Journal*,¹ Sarton escribió sobre el estreno: «Tuve un momento de silencioso pánico por lo mucho que he revelado de mí en esta película [...], pero luego decidí que nadie pierde el alma con tal revelación».

MARITA SIMPSON y MARTHA WHEELOCK, cineastas.

¹ May Sarton, *Recovering: A Journal*, Norton, 1980. (Todas las notas son de la traductora.)

TRANSCRIPCIÓN DEL DOCUMENTAL
WORLD OF LIGHT: A PORTRAIT OF MAY SARTON
[‘UN MUNDO DE LUZ: RETRATO DE MAY SARTON’]

La forma, en mi vida, estriba en mantener el centro fuerte y no permitir la dispersión. Al final, todo se reduce a eso. Para ello, sigo una rutina muy rígida: escribo tres horas por la mañana, paseo con el perro, descanso y, por la tarde, me dedico a una actividad mental distinta o bien a la jardinería hasta que me acuesto, siempre temprano.

Así, paso entre tres y cuatro horas diarias sentada al escritorio, e intento ceñir en todo lo posible ese tiempo sagrado —pues son las horas en que más energía tengo— a la mañana. Tiene que ser por la mañana, antes de que la mente se me atore, cuando la puerta del inconsciente aún permanece abierta, cuando acabo de despertarme. Ese, para mí, es el momento más creativo del día, cuando puedo alcanzar lo que anhelo, esto es, la intensidad primaria. Y en torno a eso gira mi vida entera: trato de crear un marco cotidiano en el que pueda desplegar esa intensidad primaria a lo largo de tres horas. No pido más.

A mi modo de ver, cuando el pensamiento y la emoción se funden y se sienten en comunión, pueden crear un poema; en ese estadio, mi pensamiento y mis emociones se encuentran en su máxima efervescencia. Entonces, la imagen que acude a mí lleva consigo toda esa carga, y me ayuda a averiguar qué siento de verdad. Por eso escribo poemas, para descubrir lo que siento en realidad.

Nunca escribo ajustándome a una forma determinada salvo cuando estoy inspirada, y en esos momentos en que escribo ciñéndome a ella no realizo ningún trabajo intelectual. Los versos me atraviesan la mente y no puedo detenerlos. En el caso de la secuencia de poemas «A Divorce of Lovers»² [‘Un divorcio de

² May Sarton, *Cloud, Stone, Sun, Vine*, Norton, 1961.

amantes’], se me ocurrieron durante una gira de conferencias, una vez que me subió mucho la fiebre y me pasé la mayor parte del tiempo enferma y exhausta. Por las noches tenía que levantarme a tomar notas, escribirlos, porque sentía cómo fluían en mi interior hasta desbordarme. Creo que, en ese caso, una verdadera inspiración se apoderó de mí. En medio de los terribles dolores que padecía, de repente me salía un poema, y luego otro, y así.

No escribo poesía muy a menudo; los poemas me vienen por rachas y siempre parecen estar vinculados a la mujer que, en ese momento, concentra el mundo entero para mí. Unas veces me une a ella un romance, en su sentido más ordinario, y otras no; otras es alguien a quien... Bueno, la verdad es que creo que lo expliqué bastante bien —y lo he visto citado algunas veces— en un breve pasaje de *Mrs. Stevens Hears the Mermaids Singing*,³ cuando Mar pregunta a la protagonista por aquellas personas a las que ha amado, y le dice: «No puedes haberlas amado del modo al que me refiero» —a las musas, a las personas para las que ha escrito—. Entonces, ella replica: «Las amé del modo en que amamos a cualquier edad, siempre y cuando profesemos un amor verdadero: con pasión obsesiva, con dolor, con una exultación salvaje, con culpa, con conflictos; les escribí poemas, escribí sobre ellas; las traspuse en novelas —disimuladas, por supuesto—, cavilé sobre los motivos que las llevaban a ser como eran, esto es, exasperantes... ¿Acaso no lo sabes? Les escribí cartas ridículas. Conviví con sus rostros. Conocí de memoria cada uno de sus gestos. Las aceché como a animales salvajes. Las estudié como si fueran mapas del mundo —y, en cierto sentido,

³ May Sarton, *Mrs. Stevens Hears the Mermaids Singing*, Norton, 1965.

supongo que lo eran—. A mi parecer, el amor abre las puertas a todo cuanto existe, incluso —y quizá por encima de todo— a nuestro yo más real y secreto, el cual, muchas veces, nos parece terrible y aterrador».

Las mujeres poetas no lo tenemos fácil; en parte porque siempre nos ven —y esto también puede aplicarse a la escritora, a la artista— un poco apartadas de la cultura dominante, del centro vital. Solo ahora, en esta época, podemos empezar a tener la esperanza de erigirnos en seres humanos completos y dejar de ser reclusas, como Emily Dickinson, o mujeres con cuarenta amantes, como George Sand.

Tenemos que fraguar mitos a partir de nuestras vidas, de lo contrario nunca seremos capaces de alimentarlos, y creo que eso nos brindará, en parte, la posibilidad de lidiar con el monstruo. En realidad, así empiezas —al menos cuando te haces mayor— a saber quién eres, y a rehuir aquellos caminos que puedan llevarte a traicionar la imagen que tienes de ti misma; una imagen que no tiene por qué ser la que proyectas, sino más bien la que tienes de ti misma, la cual, en mi caso, declara, por ejemplo, que «el éxito no me acabaría de beneficiar del todo», o que «vivo sola y me he convertido en una especie de símbolo para las mujeres que viven solas, por lo que muchas, miles de ellas, se llevarían una gran decepción si ahora voy y me caso». En absoluto pretendo casarme, pero lo cierto es que, al final, creas mitos a partir de tu vida, sobre todo si escribes sobre ella tanto como yo.

Recuerdo a menudo ese verso tan bello de Yeats: «Pensad dónde empieza y acaba la gloria humana y decid: “Su gloria fue tener